

La Comédiathèque

Un pequeño asesinato sin consecuencias

Jean-Pierre
Martinez



comediatheque.net

Este texto se puede leer gratuitamente.
Sin embargo, cualquiera representación pública,
sea profesional o aficionada (incluso gratuita)
debe ser autorizada por la Sociedad de Autores
encargada de percibir los derechos del autor
en el país de representación de la obra
Contactar con el autor :
comediatheque.net

Un pequeño asesinato sin consecuencias

Una comedia de Jean Pierre Martínez

Desde el adulterio involuntario hasta el homicidio del mismo nombre,
solo hay un paso, fácilmente negociable. Más difícil es eliminar el cuerpo del delito...

PERSONAJES

Juan
Eva
Cristina

ACTO 1

Un salón burgués-bohemio, algo desordenado. Un teléfono celular abandonado en el suelo suena en el vacío. Juan llega, visiblemente preocupado. Tiene sangre en sus manos. Mira el teléfono sin tomarlo.

Juan – Y mierda...

El teléfono deja de sonar. Saca un pañuelo, toma suavemente el teléfono y lo desliza en su bolsillo. Apresuradamente pone un poco de orden en la habitación. Recoge en el suelo una camisa manchada de sangre, parece asustado.

Juan – Oh, no, eso no es cierto...

Suena el timbre de la puerta. Mete la camisa debajo de un cojín del sofá. Vuelven a llamar a la puerta.

Juan – ¡Ya voy!

Desaparece un momento para abrir y regresa después de Eva, su esposa.

Eva – Disculpa, olvidé mis llaves otra vez. De todos modos, hoy todo sale mal. Tuve que defender a una mujer acusada de homicidio intencional. Te reirás. Una que cortó a su esposo en tres pedazos con una sierra de calar. Y te das cuenta de que... (*Nota que Juan no escucha*) Parece que no te va, tú... ¿Todavía estás bloqueado con tu nueva idea de comedia?

Juan – Sí, pero ese no es el problema...

Eva – Estás empezando a asustarme. ¿Cuál es el problema? ¿No me digas que tu madre viene a cenar?

Juan – No, no, no te preocupes...

Juan se sienta en el sofá.

Eva – En ese caso, no puede ser tan malo. Por cierto, ¿qué quieres comer? Realmente no quiero cocinar... Podríamos pedir sushi y comer mientras vemos la televisión, ¿verdad?

Juan – Sí... Bueno, no... No estoy de humor para eso, ya ves.

Eva – Solo se trata de tragarse un rollo de sushi... (*Eva se sienta a su lado en el sofá y lo besa.*) No es como si te estuviera proponiendo follarme salvajemente, ahora mismo, en la alfombra de la sala de estar. (*Frente a su falta de entusiasmo*) ¡Qué entusiasmo...! Bien... pediré dos menús. La ventaja con el sushi es que no se enfriará...

Juan – No es como los cadáveres.

Eva expresa su asombro al escuchar este comentario morboso.

Eva – Bien... Mientras esperamos la entrega, me contarás tus desgracias y haré lo imposible para devolverte tu alegría de vivir... *(Toma su teléfono móvil y comienza a marcar un número.)* ¿Dulce o salado?

Juan – ¿Qué?

Eva – ¡La salsa, para sushi! ¿Dulce o salado?

Juan – Me da igual...

Se levanta y camina por la habitación.

Eva – Uno de cada uno, como siempre... *(A su interlocutor)* Sí, es para entrega a domicilio. Dos menús de California. Así es, calle de la Virgen, número 2... Traiga dulce y salado. Muy bien, gracias... *(Guarda su teléfono celular.)* En media hora... Vamos, ven y siéntate a mi lado. Mamá te cuidará... *(Mueve un cojín para dejarle espacio, ve que la camisa ensangrentada sobresale y la empuja hacia ella.)* ¿Qué es este horror? ¿Qué ha pasado? *(Al ver la sangre en sus manos)* ¿estás herido?

Juan – No, yo... No es mi camisa, y tampoco es mi sangre...

Eva – ¿Es la sangre de quién, entonces?

Juan – Escucha, Eva, creo que maté a alguien...

Eva – ¿Crees que qué? ¿De qué estás hablando?

Juan – No, en realidad... no lo creo... estoy seguro...

Eva – Pero, Juan, eso no es posible. No se mata a alguien, así como así. Mira, yo, por ejemplo. Muchas veces he querido matar a tu madre y aún no lo he hecho. ¿Y sabes por qué?

Juan – No...

Eva – Porque no soy una criminal, ¡por eso! No sigo mis impulsos. Reflexiono. Considero los pros y los contras. Y creo que veinte años en prisión, aún sería demasiado costoso por el placer que me daría en el momento de estrangular a tu madre.

Juan – Debemos creer que algunos hombres resisten mucho menos sus impulsos.

Eva – Escucha, Juan, veo todos los días criminales en el juzgado. Y créeme, no tienes el perfil para el papel en absoluto...

Juan – Yo también pensé eso... Hasta ahora.

Eva – ¡Es una idea para tu nueva obra de teatro!

Juan – ¿Cómo?

Eva – ¿La historia de una mujer que regresa a casa después de su día de trabajo y a quien su esposo anuncia que él ha matado a su amante? Quieres poner a prueba tu idea sobre mí, ¿verdad?

Juan – No me jodas, Eva, maté a alguien, ¿cómo te digo que me creas?

Eva – No es suficiente pretender ser un asesino, ¿sabes? Todavía debe ser probado.

Juan – ¿Ah sí...?

Eva – Si supieras cuántas personas se acusan erróneamente de un delito que no cometieron. La semana pasada, en la corte, defendí a un monaguillo, acusado de asesinar a un sacerdote. Bueno, te vas a reír, pero había media docena de otros monaguillos que también se jactaban de matarlo... Casi tuve que luchar para convencer al juez de que mi cliente era el culpable.

Juan – Bien... ¿Y cómo lo resolviste?

Eva – Era muy simple... Solo él quien sabía bajo qué árbol había enterrado el cadáver del hombre santo.

Juan – ¿Y entonces?

Eva – ¿Y entonces...? ¿Dónde está el cuerpo?

Juan – Está aquí al lado, en la cocina.

Eva de repente parece darse cuenta de la gravedad de la situación.

Eva – ¿En la cocina? Estás bromeando...

Juan – ¿Quieres ir a ver?

Eva mira hacia la cocina, duda, pero se da por vencida.

Eva – Pero... ¿qué ha pasado? ¿Y quién es?

Juan – Es... Patricio.

Eva – ¿Patricio?

Juan – Patricio.

Eva – Oh, no... no Patricio...

Juan – ¿Hubieras preferido que asesinara a otro?

Eva – Dios mío, Juan... Dime que no es verdad...

Juan – Me gustaría... Desafortunadamente...

Eva – Eso es una broma, ¿verdad?

Juan – Es su camisa la que tienes en tus manos. Mira... sus iniciales grabadas en los gemelos.

Eva echa una mirada alucinante a los gemelos.

Eva – P.S...

Juan – Patricio Sánchez. Además, excepto Patricio ¿conoces a otro que guarde todavía los gemelos del día de su boda?

Eva – Pero Juan... ¿por qué?

Juan – Fue un accidente...

Eva – ¿Un accidente? ¿Quieres decir... un accidente doméstico?

Juan – Podemos llamarlo así, sí...

Eva – ¡Habla claro! Cortaste los setos en el jardín, no viste que él estaba orinando justo detrás y lo cortaste... ¿Fue en la carótida? Si es algo así, no te preocupes, no es un delito. Con un buen abogado...

Juan – Por desgracia, en realidad no fue así...

Eva – ¿Cómo fue?

Juan – Digamos que fue... homicidio involuntario.

Eva – ¿Involuntario?

Juan – Tuvimos una discusión.

Eva – ¿Una discusión? ¿Querrás decir una pelea?

Juan – Sí, eso es... Una pelea, si así lo quieres...

Eva – Una pelea violenta, así que...

Juan – Lo suficientemente violenta como para matarlo. Pero ya no tengo ganas de responder un interrogatorio.

Eva – Discúlpame... Deformación profesional.

Juan – Lo que es seguro es que lo maté.

Eva se descompone.

Eva – Todo es por mi culpa...

Juan – ¿Qué?

Eva – Bueno, no directamente, pero...

Juan – ¿Cómo que es tu culpa?

Eva – Juan. Un crimen pasional, se justifica muy bien, ya sabes.

Juan – ¿Un crimen pasional? ¿Quieres decir... ¿Patricio y yo?

Eva – Lo mataste porque me acosté con él, ¿verdad?

Juan – ¿Te acostaste con Patricio?

Eva – ¿No es por eso que lo mataste?

Juan – ¡No sabía que te habías acostado con él!

Eva – Fue hace mucho tiempo...

Juan – ¿Cuánto tiempo?

Eva – Yo que sé... seis meses, más o menos...

Juan – ¿Eso es mucho tiempo?

Eva – Fue... un accidente.

Juan – Eso es todo... ¿Un accidente doméstico?

Eva – No fue gran cosa, Juan... Solo sucedió una vez. Nunca me gustó...

Juan – Me tranquiliza mucho, claro, que puedes acostarte con tíos que no te gustan.

Eva – ¡Tíos no! Fue solo Patricio, te lo aseguro. ¡Fue un simple malentendido!
¡Patricio! ¿pero me imaginas con Patricio?

Juan – Te recuerdo que es mi mejor amigo.

Eva – Te recuerdo que lo has matado.

Juan – ¿Y cómo sucedió entonces?

Eva – Fue... un malentendido.

Juan – Ya veo... adulterio involuntario, por así decirlo

Eva – ¡Exactamente!

Juan – Nunca he escuchado una explicación tan estúpida. ¿Entonces esa es tu única defensa?

Eva – No cambiemos de roles. Eres tú quien ha cometido un crimen, no yo. Y ahora, depende de ti explicárselo a la policía.

Juan – ¿Cómo que la policía? ¿Tienes intención de denunciarme?

Eva – ¿Qué quieres que hagamos?

Juan – A ver, eso es lo que quería hacer antes de que llegases. Pero ahora que sé que Patricio es tu amante... ¡Nunca se van a creer que fue un homicidio involuntario!

Eva – ¡Ahora es culpa mía! Y no es mi amante, como dices. ¡Solo dormimos juntos una vez!

Juan – De todos modos, creerán que fue por venganza, que fue un acto premeditado. ¡Me pasaré la vida en Chirona!

Eva – Les explicaremos...

Juan – ¿Qué quieres decir con que fue un adulterio involuntario?

Eva – ¡Hola! Yo no he matado a nadie.

Pausa.

Juan – Entonces, ¿qué hacemos?

Eva – Pues... que aquí no ha pasado nada.

Juan – ¿De qué hablas? Me engañas con mi mejor amigo, y ahora que lo he matado, ¿te lavas las manos?

Eva – Cuando lo mataste, ¿no sabías que me había acostado con él todavía!

Juan – No juguemos con las palabras, ¿quieres?

Eva – Y a propósito ¿Por qué lo mataste?

Juan – Fue una gilipollez.

Eva – Te escucho...

Juan – Digamos que... no le gustó mi última obra.

Eva – ¿Tu última obra? ¿Microondas?

Juan – Sí.

Eva – Pero ¿cómo le va a gustar si fue un coñazo?

Juan – Gracias por la delicadeza de recordármelo...

Eva – Te dije que tenías que cambiar el título... ¿Y por eso lo mataste? ¿Porque te dijo que no le gustaba? ¡Si todo el mundo pensó que era una mierda!

Juan – Creo que se despertó la bestia de la envidia oculta durante años. Siempre tuve pique con Patricio, hasta con las chicas... desde el instituto.

Eva – ¿Bien y después?

Juan – Llegamos a las manos. Se resbaló y se dio una hostia con el pico de la mesa.

Eva – Al ver toda esa sangre en la camisa, estaba pensando en una puñalada.

Juan – La sangre brotó por todas partes. Por los ojos, por la nariz, por las orejas. Convulsionó durante un largo cuarto de hora. Y luego nada.

Eva – ¿Y no se te ocurrió llamar a urgencias?

Juan – No, pero te digo que pasó un cuarto de hora, tal vez fueron unos minutos o unos segundos. Estaba en pánico. Paralizado. No me di cuenta. Cuando decidí llamar, ya era demasiado tarde... (*Llaman a la puerta, Juan parece preocupado.*) ¿Crees que son ellos?

Eva – ¿Quién? ¿Urgencias?

Juan – ¡La policía!

Eva – Si no los llamaste...

Juan – Los vecinos pueden haber escuchado algo.

Eva – Ah, no, debe ser Cristina...

Juan – ¿Cristina? ¿La mujer de Patricio? ¿Pero cómo se ha enterado?

Eva – Ella no lo sabe. Me llamó hace una hora. Me había olvidado por completo. Quería hablar conmigo sobre algo importante. Le dije que viniera.

Juan – No abras.

Eva – Le parecerá raro. Le dije que estaría aquí.

Juan – Tienes razón... Así que atiéndela tú. Me voy a esconder en la cocina.

Eva – ¿No crees que es mejor contarle todo? Y terminamos con...

Juan – ¿Contarle que el cadáver de su marido yace en el suelo de la cocina en un charco de sangre? ¿De verdad crees que es la forma correcta de decirle que es viuda?

El timbre vuelve a sonar.

Eva – OK... Intentaré evitar el tema.

Juan – Sobre todo, que no entre a la cocina.

Juan va a esconderse en la cocina. Eva vuelve a poner la camisa debajo del cojín.

Eva – ¡Ya voy!

Eva sale y regresa un momento después con Cristina.

Cristina – Disculpa por venir así, casi sin avisar. ¿Patricio está aquí?

Eva – ¿Patricio? Qué cosas tienes... No, ¿por qué?

Cristina – Creo que vi su moto abajo, pero bueno. Una moto u otra. Todas son iguales, ¿verdad?

Eva – Sí... Sí...

Cristina – ¿Y Juan?

Eva – Sí, sí, él está aquí, pero... está trabajando. En su nueva obra de teatro. Ya lo conoces, cuando escribe...

Cristina – Entiendo... sobretodo después del desastre que hizo con su última obra... ¿Cómo se llamaba?

Eva – Microondas.

Cristina – Era obvio que iba a quemarse.

Eva – Supongo que no viniste aquí para hablar de eso...

Cristina – Siento mucho molestarte. Sé que no es el momento adecuado, pero es importante.

Eva – ¡No te preocupes! No me molestas. Si no puedes contar con tus amigos cuando los necesitas... ¿Quieres beber algo?

Cristina – No, gracias, estoy bien así...

Eva – Perfecto... Quiero decir... Por favor, siéntate... (*Cristina está a punto de sentarse en el sofá, cerca del cojín donde está oculta la camisa*) ¡Uh...! ¡no!, siéntate aquí, espera.

Eva le ofrece a Cristina un taburete bastante incómodo.

Cristina – (*sentándose*) Vale...

Eva – No, porque ese sofá ya sabes cómo es... Es muy fácil conciliar el sueño. Estoy un poco cansada y quiero concentrarme en escucharte... (*Ella toma un asiento similar y se sienta también.*) Entonces, ¿Qué es eso tan importante que me quieres decir?

Cristina – Bueno... no te lo vas a creer... acabo de descubrir que Patricio me engaña.

Eva – ¿Y no lo sabías?

Cristina – No. ¿Por qué? ¿Tú lo sabías?

Eva – ¡Para nada! Quise decir... ¿Y ya sabes quién es?

Cristina – No exactamente.

Eva – Mejor, mejor ...

Cristina – ¿Cómo que mejor?

Eva – No, quiero decir, ¿no sería peor que supieras quién?

Cristina – Yo que sé...

Eva – Eso no es tan importante, después de todo. La conclusión es que te está engañando, ¿verdad?

Cristina – Sí... Bueno, tienes razón. Lo peor sería que me engañara con alguien que yo conozca.

Eva – Sí...

Cristina – ¿Te imaginas? ¿Saber que tu esposo te está engañando con tu mejor amiga?

Eva – ¿Pero de qué estás hablando?

Cristina – Tranquila. Nunca te haría algo así.

Eva – Gracias.

Cristina – Da igual se acabó. Me voy a divorciar.

Eva – No te dejes llevar por la emoción... Es una decisión muy importante, ¿eh? Puede haber sido un accidente...

Cristina – ¿Un accidente? ¿Cómo es eso? ¿Crees que se engaña a alguien por accidente? ¿Por qué uno no se da cuenta? ¿Porque tenemos la cabeza en otro lado? Luego doy un parte y el seguro me lo paga.

Eva – No, por supuesto, pero...

Cristina – Al llegar a casa, el marido le dice a su mujer: por cierto cariño, olvidé decirte que tuve un pequeño accidente, golpeé la vagina de la vecina con mi pene.

Eva – ¿También a la vecina?

Cristina – ¡Pero... que es un ejemplo! ¿Estás segura de que estás bien? Siento que esta historia te molesta aún más que a mí.

Eva – Estoy preocupada por ti. Vosotros erais una pareja tan... Cuando decíamos Patricio y Cristina, era como...

Cristina – Como decir Juan y Eva.

Eva – Entonces imagina como me siento yo cuando me dices que te vas a separar...

Cristina – ¿Qué te parece? Nada es para siempre.

Eva – Es cierto.

Cristina – En cualquier caso, nunca más volveré a dormir bajo el mismo techo que ese bastardo.

Eva – Entiendo, por supuesto...

Cristina – Y cuento contigo para mi divorcio, ¿eh?

Eva – ¿Eso... tú crees que...? No sé si... los conozco a los dos, podría ser vergonzoso.

Cristina – ¿Estás bromeando? Eres mi amiga. Patricio es más amigo de Juan. Las dos nos conocíamos bien antes de conocerlos, ¿verdad?

Eva – Eso es correcto...

Cristina – Todos los hombres son unos cerdos, te lo aseguro... Bueno, no digo eso por Juan, por supuesto.

Eva – Está claro.

Cristina – Aunque los hombres, ya sabes... Todos iguales...

Eva – Te aseguro que Juan...

Cristina – Lo vas a matar ¿verdad?

Eva – ¿A Juan?

Cristina – ¡A Patricio! Eres la mejor, ¿verdad? ¡Como abogada! es la reputación que tienes.

Eva – Ah, bien...

Cristina – Me lo dijo Paloma. Tú te encargaste de su divorcio.

Eva – Ah ¿Sí?

Cristina – Sí si si, estaba casada con un dentista. Aparentemente, cuando las pacientes se tumbaban en la silla de su consulta, no solo era para enseñarle sus dientes... Me dijo Paloma que dejaste a su marido sin un duro.

Eva – No exageres... Ese no es exactamente el papel de un abogado, ya sabes... Un divorcio es, ante todo, el fracaso de un proyecto de vida. Lo primero es intentar que una separación sea lo menos dolorosa.

Cristina – No seas tan modesta. Confío en ti. Sé que vas a desangrar a Patricio.

Juan regresa con un delantal manchado de sangre.

Juan – Hola.

Cristina – Hola Juan. Me decía Eva que estabas escribiendo tu nueva obra...

Juan – Sí, y estaba cocinando al mismo tiempo...

Cristina – ¿De verdad...?

Juan – ¿Sabes? escribir tiene mucho que ver con cocinar... buenos ingredientes al principio, una buena receta, un poco de sal, un poco de pimienta. Después, dejas que hierva a fuego lento...

Cristina – No sabía que además de ser un gran dramaturgo, eras un chef de alto nivel... ¿Y cuál es tu especialidad?

Juan – Paté de jabalí.

Eva – Su famosa receta “secreta”. Cuando hace eso, nadie tiene derecho a entrar en la cocina...

Juan – ¿Cómo estás?

Eva – Patricio nos dejó... Quiero decir, Cristina... Ella decidió dejar a Patricio...

Juan – ¡No!

Cristina – Sí. Acabo de enterarme que ese bastardo me estaba engañando. ¿Tú sabías algo?

Juan – ¿Yo? ¿Por qué iba a saber algo?

Cristina – Solidaridad masculina, sé lo que es. Cuando se trata de proporcionar una coartada para un amigo. O incluso una habitación de invitados...

Juan – Te aseguro que te estás equivocando, Cristina. ¡En fin! Somos amigos, ¿Cómo puedes pensar eso?

Cristina – Disculpa, son los nervios... Es que acabo de enterarme...

Eva – Tranquila, quédate aquí un rato, te calmas un poco. Luego te vas a casa a dormir y mañana hablaremos. Con más calma ¿vale?

Cristina – ¿En casa? Ya te lo he dicho, no voy a regresar. Además, quería pedir un gran favor...

Juan – Si... Tú dirás.

Cristina – ¿Os importa si duermo aquí esta noche?

Eva – Esta noche es que...

Cristina – Mañana buscaré una solución... igual me voy con mi madre. Aun no lo sé; pero esta noche... (*Comienza a sollozar*) no quiero estar sola... Y vosotros sois mis únicos amigos...

Eva se acerca a ella para consolarla.

Eva – Sí, por supuesto...

Cristina – Sabía que podía contar contigo... No podría hablar con mi madre en este momento. Ella odiaba a Patricio. Siempre me advirtió era un mujeriego. Lamentablemente, tenía razón y no quiero escuchar sus lecciones morales por ahora.

Eva – Pero por supuesto, estamos contigo. ¿Verdad, Juan?

Cristina – Sois unos verdaderos amigos. Eso me emociona mucho...

Cristina cae en los brazos de Eva.

Eva – No te preocupes, todo se resolverá... Bueno, eso espero...

Juan – Os dejo chicas, terminaré mi paté...

Eva lo mira irse, horrorizada.

Cristina – Si lo tuviera aquí, frente a mí, no sé lo que le podría hacer, te lo juro... Lo que me provoca es hacerlo picadillo, cerdo.

Eva – Vamos, no digas eso... No será necesario...

Cristina – Realmente lamento involucrarlos en este asunto.

Eva – ¿Estás mejor?

Cristina – Un poco... tienes algo de beber ...

Eva – Uh... Sí... ¿qué quieres?

Cristina – Un vaso de agua del grifo estará bien. Pero no te molestes, yo misma voy a la cocina.

Eva – ¡No!

Cristina – Ah sí, lo olvidé... La receta secreta. El paté de jabalí.

Eva – Lo que necesitas es algo fuerte, créeme.

Cristina – No sé si...

Eva – Te acompañaré. Yo también... necesito beber algo fuerte.

Cristina – Ah ¿Si?

Eva saca de un armario, una botella y llena dos vasos. Levanta su copa para brindar.

Eva – No te vamos a defraudar, ¿eh? (*Preocupada*) Saldremos adelante ¿Verdad?...

Eva se echa a llorar, y esta vez es Cristina quien se acerca para consolarla.

Cristina – Sabía que eras una amiga, pero francamente, no pensé que te afectaría así...

Eva se recupera.

Eva – Vamos a beber. Eso no hará que Patricio regrese, pero nos relajará.

Eva vacía su vaso de un trago. Cristina la imita.

Cristina – Está bueno... esto podría despertar a un muerto...

Eva – Si tan solo...

Cristina – ¿Qué es?

Eva – Licor de bellota.

Cristina – Ah sí, es... Sabe muy bien... No está tan fuerte, de hecho, ¿No?

Eva – No.

Cristina – En cualquier caso, limpia los bronquios...

Eva – Sí...

Silencio.

Cristina – ¿Cómo podría ser tan estúpida...?

Eva – Lo siento.

Cristina – ¡Con Patricio! Nunca se me ocurrió que...

Eva – Volverá, es solo una pesadilla, ya lo verás, y todos nos despertaremos.

Cristina – No creo... Me has preguntado antes si sabía quién era...

Eva – ¿Quién?

Cristina – ¡La persona con quien Patricio me engañó!

Eva – ¿Y qué sabes tú?

Cristina – Si solo hubiera una...

Eva – ¿Cómo es eso? ¿Había más de una?

Cristina – Al descifrar la contraseña del ordenador, descubrí por casualidad, que Patricio tenía una cuenta en un sitio de citas...

Eva – Un sitio de...

Cristina – Encuentrossinropa.com... No es con una mujer que me engaña, Eve. ¡Es con cientos!

Eva – ¿No?

Cristina – Te digo que es una verdadera obsesión sexual. Viejas, jóvenes, gordas, delgadas, rubias, morenas... Para eso, no tiene preferencias. Él tiene sexo con todo lo que se mueve.

Eva – ¿Ah sí...?

Cristina – Yo misma lo descubrí. Te lo aseguro... Y si vieras sus imágenes...

Eva – Ah porque además, pone las fotos de...

Cristina – Si lees esas conversaciones, te lo juro... ¡Parece otro! Nunca lo hubiese imaginado, te lo digo. Porque conmigo, es tan soso...

Eva – Sí, conmigo también... quiero decir, con Juan. Mejor dicho, Juan conmigo.

Cristina – Ten cuidado. Creemos que los conocemos, y luego un día...

Se escucha el sonido de un cuchillo eléctrico, un cortasetos o una motosierra.

Eva – Está cortando los setos...

Cristina – ¿Mientras hace su pastel de jabalí?

El ruido se duplica.

Eva – Tal vez sea mejor que vaya a ver qué está haciendo... vete a la habitación de invitados, ponte cómoda.

Cristina – De acuerdo. No te molestes, sé el camino... Y cariño, gracias de nuevo por todo.

Cristina se va. Juan regresa.

Juan – ¿Dónde está Cristina?

Eva – La estrangulé y la metí en la bañera. Mejor eliminar todos los testigos problemáticos.

Juan – ¿Qué?

Eva – ¡No, por supuesto! ¿Y tú? ¿Puedes explicarme qué está pasando? ¿Qué era ese ruido?

Juan – No podía dejarlo allí en medio de la cocina.

Eva – ¿Pero ¿qué has hecho, Juan?

Juan – Lo metí en el congelador. Ya decidiremos qué hacer con el cuerpo.

Eva – Y mientras tanto, ¿cortaste los setos? ¿En la cocina?

Juan – No, pero... no cabía entero en el congelador...

Eva – Dios mío... Pero esto no es posible... ¿Cómo hemos llegado a esto, Juan? Voy a llamar a la policía de inmediato.

Eva saca su teléfono celular

Juan – ¿Quieres mandarme a cárcel?

Eva – Ese es el lugar de los criminales, ¿no?

Juan – Te repito que fue un accidente.

Eva – ¿Estás seguro de que está muerto?

Juan – ¿Querrás decir que si estoy seguro de que estaba realmente muerto antes de cortarlo en tres pedazos con el cortasetos?

Eva – Nunca pensé que algún día oiría eso del hombre con el que me casé.

Juan – Conoces la fórmula... Para lo bueno y para lo malo... Tenías que pensarlo antes.

Eva – ¿Antes de qué?

Juan – Antes de engañarme con Patricio.

Eva – Te has vuelto loco, Juan. Necesitas ayuda. Lo dijiste tú mismo, es un homicidio involuntario. Alegaremos “locura transitoria”.

Eva marca un número.

Juan – No lo hagas

Eva – Esa es la única solución, te lo aseguro.

Juan – Serás considerada mi cómplice.

Eva – ¿Y por qué?

Juan – Su mujer está aquí y no le has dicho nada.

Eva – ¿Pero por qué yo querría hacer eso?

Juan – ¡Porque él también te estaba engañando! Querías venganza.

Eva – ¿Cómo me engañó?

Juan – Os escuché antes. Lo conozco y sé que tiene una cuenta en ese sitio de citas.

Eva – ¿Entonces lo sabías?

Juan – Ya sabes, cuando se trata de follar, los hombres alardean mucho ... A veces incluso me pregunto si no engañan a sus mujeres solo de placer el de fardar de eso con sus amigos. Es fanfarroneo de cazadores...

Eva – ¿Y no me dijiste nada?

Juan – ¿De qué te habría servido saber? Además de ponerte en una situación embarazosa frente de Cristina...

Eva – Ya veo, fue para protegerme, en resumen. De todos modos, yo no tenía ninguna razón para matar a Patricio.

Juan – ¿Tú crees...?

Eva – ¿Por qué iba yo a matar a Patricio?

Juan – Celos, tú también. Como Cristina...

Eva – Pero estás loco...

Juan – Pensaste que eras la única. No podías soportar descubrir que eras solo una de sus muchas conquistas. Y cuando te dije que quería matarlo, me ayudaste.

Eva – ¡Estás realmente loco, Juan!

Juan – Los dos estamos locos. Dios los cría y ellos se juntan. Ya puedo ver los titulares de los periódicos: “Pareja diabólica descuartiza el cadáver del marido de su mejor amigo y lo mantiene en el congelador. Antes de cenar tranquilamente en la habitación contigua con la viuda.”

Eva – ¡Contarías una historia como esa a la policía! Solo para arrastrarme contigo en tu caída. ¡Es monstruoso!

Juan – ¡Pero no seré yo quien lo diga! Eso es lo que pensará el juez. Incluso si mantengo que soy el único culpable, él estará convencido de que quiero protegerte.

Eva parece desestabilizada.

Eva – ¿Eso crees?

Juan – De todos modos, será el final de tu carrera como abogada. ¿Cómo confiar su divorcio a alguien que corta a sus amantes con un cortasetos?

Eva – Tienes razón

Juan – ¿Y luego te ves diciéndole al juez que me engañaste por error?

Eva – ¡Pero eso es cierto, te lo aseguro!

Juan – ¿Un adulterio involuntario? Dime cómo es eso posible, para ver si puedes convencerme...

Eva – Fue el fin de semana que fuiste de viaje para el estreno de Microondas, precisamente. Ese mismo día tuve también que viajar para un juicio que finalmente se pospuso.

Juan – Di más bien que no quisiste presenciar mi naufragio...

Eva – De todos modos, no estábamos ni tú ni yo. Y se suponía que la casa estaba vacía.

Juan – Patricio me había pedido que le dejara las llaves, para encontrarse con una de sus conquistas. ¿Entonces fuiste tú?

Eva – ¡No! Bueno, sí. Regresé por la noche inesperadamente. ¡No sabía que le habías prestado la casa... y nuestra cama para dormir con una de sus amantes!

Juan – Es la única cama doble en la casa... ¿Y qué más pasó?

Eva – Entonces me fui a la cama directamente.

Juan – Con Patricio...

Eva – ¡Vi que había alguien en la cama, pero pensé que eras tú! Pensé que habías decidido volver esa misma noche inmediatamente después de tu primera función. Como sabía que sería un fracaso, no me sorprendió...

Juan – Gracias...

Eva – No hice un ruido para no despertarte.

Juan – Pero tu compañero se despertó de todos modos.

Eva – La perra con la que quedó Patricio se había ido en medio de la noche, probablemente. Y aparentemente, él quería volver a poner la pica en Flandes.

Juan – Entonces tu hiciste el cambio y jugaste el segundo tiempo.

Eva – Debió de confundirme con ella y no fue hasta la mañana siguiente que me di cuenta de que no eras tú el que estaba en la cama. Aunque es verdad, me pareció algo extraño.

Juan – ¿Por qué, fue mejor de lo habitual?

Eva – No he dicho eso... Digamos que no fue lo mismo... Y luego no entendí por qué quería llamarme Alexandra 69.

Juan – Te gustó el juegucito, ¿verdad?

Eva – Digamos... yo no estoy acostumbrada a...

Juan – ¿Y la voz? No te importo, además...

Cristina regresa.

Cristina – Disculpa... ¿Podrías prestarme un cepillo de dientes? Me fui como loca. No planeé...

Juan – En cualquier caso, esta noche, evita cometer un error en la cama... Nunca se sabe...

Cristina – Uh sí...

Juan – Os dejo... Debéis tener muchas cosas que contaros... Experiencias para compartir ...

Él sale.

Cristina – ¿Qué quiso decir?

Eva – No lo sé... De todos modos ...

Cristina – ¿Qué?

Eva – Me acusa de haberlo engañado.

Cristina – Y... ¿es verdad o no?

Eva – Fue adulterio... involuntario.

Cristina – ¿Un adulterio involuntario...? ¿Es una broma?

Eva – No.

Cristina – ¡Ah!...

Eva – Llegué a casa un día. Había un hombre en mi cama. No fue hasta la mañana siguiente que me di cuenta de que no era mi marido...

Cristina – ¿Estás bromeando?

Eva – No.

Cristina – ¿A quién le quieres hacer creer eso, Eva? No a tu marido, espero...

Eva – Tienes razón... Es completamente inverosímil.

Cristina – Es una pena. ¿Te imaginas? El placer sin la culpa.

Eva – Y sin un castigo...

Cristina – ¿Y al menos valió la pena?

Eva – Yo...

Cristina – Engañar sin saber que estás engañando... No es engañar de verdad. (*Risa nerviosa, pero Cristina de repente se toma en serio.*) Pero te digo que si Patricio se atreviera a contarme una historia tan estúpida, sería porque realmente me toma por tonta...

Eva – Ah sí... Pero ... ¿No crees que en una pareja, también debes saber perdonar?

Cristina – ¿Perdonar? Te aseguro que podría matarlo.

Eva – Supongo que es una forma de hablar.

Cristina – Nunca has pensado en matar a alguien.

Eva – Dios mío...

Cristina – Si Juan te engañara, por ejemplo, ¿podrías matarlo?

Eva – ¿Por qué? ¿Tienes alguna información en particular sobre eso?

Cristina – No, no, para nada...

Eva – Y... Y tú, entonces, ¿nunca engañaste a Patricio?

Cristina – No... Bueno... depende de lo que se llama engañar.

Eva – Oh, ¿sí?

Cristina – Quiero decir, técnicamente... ¿Chupar no es engañar, verdad?

Eva – No sé... ¿dímelo tu?

Juan regresa.

Juan – Bueno... ya podemos cenar.

Cristina – Ah sí, es cierto... Paté de jabalí...

Eva – Me voy a refrescar un poco...

Eva sale. Silencio.

Cristina – ¿Se lo has contado?

Juan – ¿Qué?

Cristina – Nuestro pequeño desliz, el año pasado el día de Año Nuevo.

Juan – ¡No! ¿Por qué?

Cristina – No lo sé... me parece que está un poco rara...

Juan – No es eso, te lo aseguro.

Cristina – No debe ser, porque nunca volvimos a hablar de eso... Estaba un poco borracha. Tú también... Pero no significó nada, ¿estamos de acuerdo? Fue solo... un pequeño accidente.

Juan – Oh, no... No te vas a poner tú también, con tus accidentes...

Cristina –Perdona por hablar de esto otra vez, no debería haber...

Juan – Ya está olvidado.

Eva regresa, con un aire ligeramente perturbado.

Eva – ¿Entonces nos comemos ese jabalí?

Suena el timbre.

Juan – ¿Quién podría ser?

Eva – ¿La policía?

Cristina, intrigada por su comportamiento extraño, les da una mirada preocupada.

Juan – Yo voy... Si no volviera en cinco minutos, llama a mi abogado...

Eva le echa una mirada a Cristina para tranquilizarla.

Eva – Es un pequeño juego entre nosotros.

Cristina – Está bien...

Eva – ¿Te gusta el jabalí?

Cristina – Sí, normal.

Juan regresa con un paquete.

Juan – El sushis.

Eva – Ah sí, es cierto, lo había olvidado por completo.

Cristina – ¿También pediste sushi?

Momento de vergüenza.

Oscuro

Acto 2

Cristina, Eva y Juan están sentados a la mesa. Terminan de comer.

Cristina – Felicidades por tu paté, Juan. Estaba delicioso.

Juan – Gracias... Perdón por los perdigones con los que casi te rompes un diente. Hay que tener cuidado, siempre quedan uno o dos.

Cristina – No es fácil eliminar todos los rastros del crimen, ¿Eh? Pero no sabía que eras un cazador...

Eva – No, es curioso, yo tampoco...

Juan – Hoy en día, esto es algo de lo que evitamos alardear.

Cristina – ¿Lo mataste tú?, pobre jabalí

Juan – No soy tan buen cazador... En realidad, fue más... un accidente.

Cristina – ¿Un accidente?

Juan – Estaba... con Patricio, precisamente. Volvíamos de la cacería con las manos vacías. Y en el camino, este jabalí pasó justo debajo de mis ruedas.

Cristina – Un jabalí deprimido, tal vez. Quería terminar con su vida de cerdo...

Juan – Sí, sin duda...

Cristina – Bueno... Así que... haces muchas actividades... Caza, golf...

Eva – ¿También juegas al golf?

Juan – Sí, un poco...

Cristina – Y... ¿Realmente juegas al golf con Patricio, o es solo una coartada que le diste para coquetear con sus amantes?

Juan – No, no, realmente jugamos al golf, te lo aseguro. Es un muy buen jugador, por cierto...

Cristina – Sí... Por lo que me dicen, le encanta meter las pelotas en el hoyo. En muchos hoyos.

Eva – Tendrás que llevarme algún día, ¿eh, Juan? Yo también podría probar a jugar al golf.

Cristina – En fin, tienes que darme la receta de tu pastel de jabalí. ah no, es verdad, lo siento... Eso también es un secreto...

Silencio avergonzado.

Eva – ¿Quieres un poco más de ensalada?

Cristina – Gracias, pero ya no puedo tragar nada...

Juan – Si quieres, puedes irte a descansar.

Cristina – Con lo que me está pasando, no estoy segura de poder dormir... Pero es bueno saber que en casos como este, puedo contar con mis amigos.

Eva – Estás en tu casa, Cristina...

Juan – ¿Un pequeño postre?

Eva – Tenemos helados en el congelador.

Cristina – Gracias, estaré bien... Voy a lavarme las manos, si me lo permites

Cristina se levanta.

Juan – En el baño, más bien, la cocina está un poco desordenada...

Cristina sale. Juan termina de comerse lo que queda del pastel.

Eva – Está bien, parece que este asunto te lo has tomado a bien... En cualquier caso, no se te ha quitado el apetito...

Juan – ¿Ayudaría algo si me dejo morir de hambre?

Eva – ¿Qué te llevó a decirle que eras un cazador?

Juan – No lo sé... Se me ocurrió así... Tuve que inventar algo... para evitar que entrara a la cocina.

Eva – ¿Y ese pastel? ¿Qué es exactamente? Creo que no debería hacer la pregunta...

Juan – No, no... Eso sí es verdad... Es pastel es de jabalí...

Eva – Tendremos que hablar también del golf, porque eso del golf no me quedó muy claro...

Juan – No tengo nada que ocultar...

Eva – Aparte de un cadáver... Repito mi pregunta por última vez: ¿No es una broma? Porque sería realmente de mal gusto. Te recuerdo que la viuda está en la habitación de al lado...

Juan – Ve a echar un vistazo al congelador, si quieres. Pero te advierto, no es agradable de ver.

Eva – No quiero ver nada. Y no quiero saber nada.

Juan – Dificilmente puedes decir que no lo sabías... No hablamos de bebés congelados allí, escondidos entre dos pilas de filetes picados. Estamos hablando de un tipo de un metro noventa y cinco, dividido en tres partes de sesenta y cinco centímetros...

Eva – Pero eres un monstruo... Descuartizar un cadáver, ¿Sabes cuántos años nos pueden caer por esto? ¿Quieres que me pase los mejores años de mi vida en prisión?

Juan – Estamos viviendo la misma tragedia, Eve. ¡Debes ayudarme!

Cristina regresa.

Cristina – Lo llamaré.

Eva – No estoy segura de que sea una buena idea.

Cristina – ¡Tiene que saber que lo dejo!

Eva – ¿No quieres pensar un poco más?

Cristina – Eso es lo único en que pienso, te lo aseguro. Nunca le perdonaré lo que me hizo.

Juan – Pero cuando se trata de algo como eso... tal vez debas esperar hasta mañana, ¿No crees?

Cristina – Si no me ve llegar a casa esta noche, se preguntará dónde estoy. Y llamará a la policía.

Eva – Ah sí, en este caso... Puede ser mejor avisarle.

Juan – En el estado en que está, me sorprendería si llama a la policía, pero...

Cristina – ¿En el estado en que está...?

Juan – Quiero decir... Puede que ya se esté preguntando algo, y probablemente no se sienta muy cómodo con todo.

Eva – ¿No prefieres irte a casa, simplemente? Mañana será otro día...

Cristina – Nunca podré dormir otra noche bajo el mismo techo que este cabrón.

Eva – ¿Crees que estás en condiciones de hablar con él?

Cristina – No, pero no te preocupes, no voy a comenzar a hablar con él sobre vender la casa y quedarse con el perro. Le diré que se comunique con mi abogada. Y esa eres tú.

Juan – ¿Entonces eres tú quien se encargará del divorcio?

Eva – No lo sé... Sí... Cristina me preguntó...

Juan – Bueno... si quieres, llámalo ahora... ¿quieres que te dejemos sola? No quiero molestar.

Cristina – No me molestas, al contrario.

Cristina marca el número. Oímos sonar el teléfono de Patricio en la habitación de al lado.

Cristina – Es extraño, parece que está sonando aquí al lado...

Juan – Debe ser el mío.

Eva – Bueno, ¿No vas a responder?

Juan – Sí, sí... ya voy...

Se va.

Cristina – Nadie contesta...

Eva – Sí... eso no me sorprende.

Cristina – ¿Por qué dices eso?

Eva – Si vio aparecer tu número y sabe por qué lo llamas... es posible que no quiera responder.

Cristina – Es él... ¿Patricio? Lo sé todo. ¿Todo de qué? Por supuesto, hazte el inocente, además. *(Pausa)* ¿Cómo es que te llamas a ti mismo en encuentrossinropa.com? Ah sí, Patricio 327. Seguramente que ya hay 326 imbéciles con tu nombre en este sitio. ¡asqueroso! *(Pausa)* ¿Entonces eso es todo lo que puedes decir? Pobre hombre. Se acabó, Patricio 327. La próxima vez que tengas algo que decirme, habla con mi abogada. La conoces muy bien, es Eva. ¡Si, Eva! La esposa de Juan, tu mejor amigo. Te corta, ¿eh? ¡Vamos, que tengas una buena noche, gilipollas! *(Guarda su móvil)* Que bien sienta desahogarse, coño

Eva está asombrada.

Eva – ¿Quién era?

Cristina – ¿Cómo que quién? ¡Él! ¿Quién quieres que sea?

Eva – ¿Patricio? ¿Y qué dijo él?

Cristina – No mucho. ¿Qué iba a decir? Lo extraño es que tenía una voz distinta. Creo que me voy a tomar una aspirina. Tengo una migraña que me está comenzando... ¿Puedo tomar agua del grifo del baño?

Eva – Sí, adelante.

Cristina – ¡Ese montón de mierda...!

Cristina se va. Juan regresa.

Juan – ¿Cómo estás? ¿Qué pasó?

Eva – ¡Me jodiste bien!

Juan – ¿Qué?

Eva – Cristina, habló con Patricio por teléfono.

Juan – Fui yo.

Eva – ¿Qué?

Juan – ¡El móvil de Patricio! Estaba en su bolsillo, así que, por supuesto...respondí, para no levantar sospechas.

Eva – ¡Dios santo! Por eso me dijo que tenía una voz distinta.

Juan – Hice un truco que aprendí en un programa de la televisión. Hablé a través de un pañuelo.

Eva – Eres un enfermo...

Juan – De esa manera, tendremos una coartada. No he podido haberlo matado hace una hora aquí, ya que ella ha hablado con él por teléfono.

Eva – A menos que la policía tenga la idea de geolocalizar la llamada. Y descubran que vino de nuestra cocina.

Juan – ¿Crees que podrían ser tan competentes?

Eva – Estamos hablando de un crimen de todos modos.

Silencio. Juan finge llorar.

Juan – Si supieras cuánto lo siento... Si pudiera volver atrás una hora... Desafortunadamente, no es posible...

Eva – ¿Realmente lo mataste porque no le gustó tu obra?

Juan – No... no solo por eso...

Eva – ¿Entonces por qué?

Juan – Me dijo que se había acostado contigo.

Eva – ¿Qué? ¿Y por qué no me lo dijiste antes?

Juan – Quería ver si me lo contabas espontáneamente...

Eva – Entonces, tampoco creíste cuando te dije que era un simple malentendido.

Juan – Patricio no me dijo que para él fue un malentendido. Ese es el problema...

Eva – ¡Ese bastardo...! ¡Lo mataré!

Juan – Ya no puedes hacer eso. Ya lo hice yo. Solo te pido que me ayudes a deshacerme del cuerpo. Si es que me quieres... ¿Me quieres?

Eva – Por supuesto que te quiero. ¿Cómo puedes dudar?

Juan – Te creo.

Eva – ¿Qué hay de mí? ¿Me crees si te digo que me acosté con él por error?

Juan – Estoy intentándolo... Debo admitir que no es fácil...

Eva – ¿Qué puedo hacer para demostrarte cuánto te quiero...?

Juan – Ya has hecho mucho. Pero tienes razón, no tengo posibilidad de salir de esta situación tan fácilmente y no quiero llevarte conmigo a la cárcel por ser mi cómplice. Llamaré a la policía.

Eva – ¡No, espera!

Juan – ¿Qué?

Eva – No quiero que vayas a la cárcel y mucho menos por tantos años.

Juan – ¿Pero qué hacemos?

Eva – Te ayudaré a hacer desaparecer a Patricio...

Juan – ¿Y cómo hacemos eso?

Eva – Créeme, como abogada, muchos clientes me han contado sus pequeños secretos. Y aprendí algunos métodos simples como meter el cuerpo de un chico de casi dos metros en el desagüe de una bañera, después de una buena noche de sueño en un baño de sosa cáustica.

Juan – Bien...

Eva – Pero primero tendremos que deshacernos de ella.

Juan – ¿Deshacernos de ella?

Eva – ¡Quiero decir... que nos deje en paz!

Juan – Me has asustado

Cristina regresa.

Cristina – ¡Qué dolor de cabeza! ¿Hay problemas ?

Eva – No, no, para nada.

Cristina – He intentado dormir un poco, pero no puedo.

Juan – ¿Y si tomáramos una copa para relajarnos un poco?

Cristina – No lo sé, con las pastillas que tomé... Es mejor no mezclar, no?

Eva – Vamos, una copita nunca lastima a nadie.

Cristina – Bueno... Creo que sí necesitaré un digestivo. Porque ese jabalí me cayó pesado en el estómago... Estaba muy bien, pero... estaba un poco pesado, ¿no?

Eva sirve tres vasos y discretamente coloca una pastilla en uno de ellos.

Juan – Ah, sacaste el alcohol para quemar...

Cristina – Licor de bellota...

Eva – Una especialidad del pueblo donde nació.

Cristina – ¡No me digas!

Juan – Eva tiene un tío que vive allí. Un eclesiástico. Lo destila por la noche clandestinamente en la cripta de su iglesia.

Cristina, con el pensamiento en otro lugar, solo los escucha con un oído.

Cristina – No sé dónde podría recibir a sus amantes.

Juan – Hay hoteles en todas partes, ya sabes.

Cristina – Era tan tacaño. Me extrañaría que gastara en un hotel. Además, estoy convencida de que si él se registró en ese sitio, es simplemente para no tener que pagarle a las prostitutas. Porque créanme, después de ver las fotos de sus conquistas, no estaba escogiendo muy bien la mercancía...

Eva – Gracias...

Cristina le da una mirada intrigada.

Juan – ¿Pero por qué hablas de él en el pasado?

Cristina – ¿perdona?

Eva – Dijiste que era tan tacaño.

Cristina – Porque para mí está muerto.

Eva – Vamos, no digas eso.

Cristina – O, es un amigo que le prestó su apartamento... En estos casos, los hombres son muy solidarios, por desgracia. No digo eso por ti, Juan, por supuesto...

Juan le da de beber.

Juan – Vamos, estás dolida... Bebe un poco, más bien.

Cristina (*bostezando*) – No sé lo que tengo... Hace un momento, no podía cerrar los ojos, pero ahora... Creo que me iré a dormir...

Cristina cae al suelo.

Juan – Las pastillas le hicieron el efecto, finalmente...

Eva – Y el somnífero que agregué en su vaso.

Juan – ¿No has hecho eso...?

Eva – Ahora nos dejará en paz, y podremos deshacernos del cuerpo.

Juan – ¿El suyo?

Eva – ¡Patricio va primero! Ayúdame, la pondremos en la habitación de invitados. Se despertará mañana por la mañana y ya será viuda oficialmente.

Juan – Incluso se ha librado de las complicaciones de un divorcio.

Eva – Al fin y al cabo, es un servicio que le damos.

La llevan por los pies detrás del escenario y regresan de inmediato.

Juan – ¿Qué hacemos con Patricio?

Eva – Sosa cáustica, puede ser un proceso un poco largo y tedioso.

Juan – Especialmente si Cristina quiere bañarse mañana por la mañana...

Eva – Tienes razón...

Juan – Vamos a dividir a Patricio en tres bolsas de basura. Y lo llevamos a pasear por el bosque...

Eva – O a un zoológico. Ya lo he visto en una película... Lo lanzamos en la jaula de los leones, ellos se lo comen, y ya está.

Juan – ¿Te imaginas lo que pensarán los de la seguridad del zoológico cuando nos vean entrar con tres bolsas de basura?

Eva – ¿Crees que podremos saltar la cerca por la noche?

Juan – Le enterramos en el bosque, entonces. Tengo una pala en el cobertizo del jardín.

Eva – Y para... Patricio, ¿quieres que te ayude?

Juan – Me encargaré de ello. Te vas a ensuciar...

Eva – Como quieras...

Juan sale.

Eva – Espero no estar cometiendo una estupidez, pero... ya es demasiado tarde para volver atrás.

Se traga otra copita para darse ánimo. Suena su teléfono celular.

Eva – Hola?... *(Pausa)* ¿Patricio? Si es una broma, es de muy mal gusto. ¿Eres Juan? Lo siento, Patricio, ¿Eres realmente tú? No, no, no estoy sorprendida, pero... Bueno, sí, un poco, de todos modos... Ah, olvidaste tu teléfono móvil aquí. *(Pausa)* Sí, él me habló de vuestra... pelea... ¿Pero por qué le dijiste eso? Bueno, ya está hecho... Tenía que salir a la luz algún día... *(Pausa)* OK, le diré... Gracias por llamar. Por cierto, ¿hablaste con Cristina? Sí, creo que ella sospecha algo. Podríamos decir que sí... OK... *(Ella cuelga)* El muy bastardo, me hizo pasar por tonta...

Juan regresa, con bolsas de basura.

Eva *(como si nada hubiera pasado)* – ¿Entonces... eso es todo?

Juan – Sí. Me ha llevado un poco de tiempo, con la escarcha, las piezas comenzaron a pegarse al fondo del congelador... Tuve que usar un picahielos...

Eva – Pobre Patricio... Me parece muy divertido verlo así, yendo al gran reciclaje...

Juan – De todos modos, no sé cómo agradecerte. Es una increíble prueba de amor.

Eva – ¿Entonces me perdonas por este adulterio involuntario?

Juan – Por supuesto... Me mostraste cuánto me amabas.

Eva – Y te perdono por poner a tu mejor amigo en mi cama, sin decirme, ¿de acuerdo?

Juan – Todavía tengo dos bolsas para llevar.

Eva – Te ayudaré...

Juan – ¿Estás segura?

Eva – Como dijiste antes... Para bien y para mal ...

Salen. Cristina llega.

Cristina – ¿Están ahí? ¿Qué hice con mi teléfono?

Mira las bolsas de basura con curiosidad. Mientras busca su teléfono celular, encuentra la camisa manchada de sangre con los gemelos debajo del cojín del sofá... Intrigada, empieza a salir lentamente de su letargo. Abre una bolsa y la cierra de inmediato, horrorizada. Los otros dos llegan con las otras dos bolsas.

Juan – Cristina, ¿qué haces aquí?

Eva – ¿No estabas durmiendo?

Cristina – No... Bueno, si ... Olvidé mi móvil...

Juan – Estábamos a punto de sacar la basura...

Cristina – Me voy a la cama. No se preocupen por mí...

Cristina sale, visiblemente asustada.

Juan – ¿Crees que sospecha algo?

Eva – Tal vez deberíamos eliminarla también, ¿verdad?

Juan – No sabía que estabas lista para matar por mí. Casi me asusta...

Eva – ¿Conoces la canción de Piaf? ¡El himno al amor! (*Cantando, exaltada*) “Renegaría de mi patria, renegaría de mis amigos, si tú me lo pidieras.”

Juan – Escucha, tengo que confesarte algo...

Eva – ¡No me digas que mataste a alguien más!

Juan – No, precisamente... Bueno, sí, pero...

Eva – Pobre Patricio... Era un amigo. Me gustaría decir un último adiós. ¿En qué bolsa metiste la cabeza?

Juan – Si yo fuera tú, no haría eso...

Eva – Creo que necesitamos hablar un poco, ¿no crees?

Juan – OK, no es Patricio el que está en las bolsas de basura.

Eva – ¿Cómo que no es Patricio? ¿Mataste a alguien más?

Juan – No, quiero decir, no maté a nadie... ¿Cómo puedes pensar eso?

Eva – Ya no estoy segura... (*Abre una bolsa y su sonrisa se congela*) No... ¡Pero qué horror...! ¿Entonces sí realmente mataste a alguien?

Juan – ¡No, no! Pues sí, pero...no

Eva – ¿Qué es esto?

Juan – El jabalí...

Eva – ¿El jabalí? Pero definitivamente, Juan, no eres un cazador ¿o es algo más que me habías ocultado?

Juan – No lo cacé, te lo aseguro. Pero la historia del jabalí era cierta.

Eva – No era una broma... Me gustaría que me hablaras más sobre eso...

Juan – Estaba con Patricio, precisamente. Habíamos jugado al golf.

Eva – Golf ahora... ¿No me digas que durante el juego, entre los hoyos diecisiete y dieciocho, mataste a un jabalí con una pelota de golf?

Juan – Volvíamos del golf, en coche. En medio del bosque, chocamos contra un jabalí. Casi nos matamos, imagínate tú chocando con un jabalí de 200 kilogramos, a 90 kilómetros por hora. Puedo decirte que es todo un desastre, incluso más cuando tienes un gran cuatro por cuatro.

Eva – Sí, supongo...

Juan – Nos salimos del camino... Patricio se golpeó ligeramente.

Eva – ¿Y qué?

Juan – Como todavía estaba vivo, decidí llevarlo a un veterinario.

Eva – ¿A Patricio?

Juan – ¡Al jabalí! Lo pusimos en el maletero. Solo que, cuando llegó al veterinario, había sucumbido a sus heridas.

Eva – ¿Quién?

Juan – ¡El jabalí!

Eva – Está bien...

Juan – Como estaba en el maletero de todos modos, no sabíamos qué hacer con él. Fue entonces cuando Patricio tuvo la idea de hacer un pastel...

Eva – Idea brillante... Pero entonces, ¿por qué todo este circo?

Juan – Cortando a la bestia, Patricio me dijo que se había acostado contigo...

Eva – Destruir este cadáver de jabalí, eso debe haberlo inspirado... ¿Y qué te dijo entonces? Porque él sabía que estaba en mi cama, de todos modos.

Juan – Sí, por eso se sintió culpable. Quería aliviar su conciencia.

Eva – ¿Su conciencia? ¿Patricio?

Juan – Tienes razón, creo que él especialmente quería humillarme. Mientras se refugiaba en el hecho de que era adulterio involuntario... como tú dices.

Eva – ¿Y qué?

Juan – Finalmente confesó que sabía muy bien lo que estaba haciendo... y tú también, probablemente...

Eva – El muy bastardo... te lo juro...

Juan – En resumen, nos hemos liado a hostias

Eva – Y por eso la sangre en la camisa...

Juan – No, esa es la sangre del jabalí, cuando lo pusimos en el maletero...

Eva – Ya veo...

Juan – Después, nos reconciamos, le presté otra camisa y se fue.

Eva – ¿Y después?

Juan – Cuando llegaste, todo lo que quería era sacarte la verdad. Que no me lo contaras hizo que me sintiera traicionado, engañado.

Eva – Lo siento. Pero te juro que yo no sabía...

Juan – Ahí fue cuando tuve esa idea. Me vino así. Matar a esta pobre bestia, me puso en un segundo estado. Encontré la receta en internet.

Eva – ¿Qué receta?

Juan – ¡La receta del pastel de jabalí! Para castigarte, te dije que había matado a Patricio. Para ver cómo reaccionarías. Y después de eso, todo fue una reacción en cadena...

Se oye una sirena de policía. Eva ve la camisa que sobresale de una bolsa.

Eva – Debió ser Cristina... Vio las bolsas y la camisa... Seguramente llamó a la policía...

Hay un golpe violento en la puerta. Cristina llega con un gran cuchillo en la mano.

Cristina – No os acerquéis a mí, sois una gente enferma...

Eva – Cálmate, te explicaremos todo. Es solo una broma estúpida...

Juan – No es Patricio el que está en esas bolsas de basura, te lo aseguro.

Cristina – ¡No se muevan, o disparo!

Juan – Es un cuchillo...

Eva – Abriré una bolsa, espera, juzgarás por ti misma.

Eva le muestra el contenido de una bolsa.

Cristina – ¿Pero ¿qué es este horror?

Juan – ¡Es un jabalí! Mira Hay mucho pelo.

Cristina – Patricio también, ¡tenía mucho cabello!

Eva – No en este punto...

Cristina – ¿Cómo lo sabes?

Voz en off – ¡Policía!

Juan – ¿Eres tú quien los ha llamado? Es mejor que les expliques.

Eva – No va a ser fácil...

Cristina – OK...

Cristina se va.

Juan – Lo siento. Fue estúpido de mi parte. Pero me sentí traicionado...

Eva – Es mi culpa... Debí haberte contado todo de inmediato. Pero bueno, tenía miedo de que no me creyeras...

Juan – Ambos nos comportamos como idiotas.

Eva – Igual que no es una solución esconder el polvo debajo de la alfombra... Siempre termina sabiéndose la verdad...

Juan – Sí. Por eso es mejor que también se lo digas.

Eva – ¿Qué?

Juan – ¡A Cristina! Lo de Patricio.

Eva – Creo que tienes razón. De todos modos, él la está engañando con todo lo que se mueve.

Juan – Sí, pero tú, eres su mejor amiga...

Cristina regresa.

Cristina – Todo está arreglado, ya se fueron. Disculpen, no sé lo que me llevó.

Eva – Todos estamos un poco perturbados esta noche... Debe ser la luna llena...

Cristina – No sabía que era la luna llena.

Eva – De todos modos, si no es la luna llena... ya no sé lo que puede ser....

Juan – Os dejo, creo que tienen cosas que decirse...

Juan sale.

Cristina – ¿Qué quiso decir?

Una pausa.

Eva – Me acosté con Patricio.

Cristina – ¿Qué?

Eva – Lo juro, fue... totalmente involuntario.

Cristina – ¿Entonces la historia que me contaste antes... eras tú y Patricio?

Eva – Quería decírtelo durante mucho tiempo, pero no sabía cómo.

Cristina – ¿Pero cómo es posible?

Eva – El cabrón de Juan le prestó nuestra cama de matrimonio para sus citas y yo...

Cristina – OK, te creo... Y no quiero saber más... Eres mi mejor amiga ¿no?

Eva – Gracias Cristina.

Cristina – Nos pasa a todos cometer errores cuando estamos demasiado borrachos.

Eva – Ya no sé qué decir...

Cristina – Bueno, esa no es la situación. Es Patricio, el bastardo. Es mejor que no lo tenga frente a mí en este momento, ¡podría matarlo!

Eva – No matamos a alguien así, tranquilízate... Pero si necesitas un abogado, estoy aquí... Por tu divorcio, quiero decir...

Cristina – Gracias... Bueno, creo que mejor me voy. Debes tener cosas que pensar también... Voy a dormir en la casa de mi madre. Le diré que olvidé mis llaves.

Eva– Cuídate... Mañana, lo verás más claramente... Todos veremos más claramente...

Cristina se va. Juan regresa. Se sientan en el sofá y permanecen en silencio por un momento.

Juan – ¿Fue realmente involuntario?

Eva – Digamos que fue... inconsciente, entonces.

Juan – OK, fingiré creerlo.

Se abrazan.

Eva – Pero es cierto que desde entonces se me ha despertado mi libido...

Juan – Sí, lo noté. Me preguntaba a qué se debía.

Eva – Deberíamos hacer esto más a menudo.

Juan – ¿Quieres decir... esas reuniones a ciegas en nuestra cama de matrimonio...?

Eva – ¿Tienes otros amigos a los que le prestaste nuestro departamento para follar a sus amantes?

Juan – Estaba pensando en lo recíproco. También debes tener amigas que engañen a sus maridos...

Eva – Lo siento, solo tengo amigas fieles.

Se besan.

Oscuro

Epílogo

Tres maletas están dispuestas en una esquina de la sala de estar. Juan llega desde el exterior y se quita el impermeable.

Juan – ¡Cariño! ¿Estás aquí?

Eva entra.

Eva – ¿Cómo te fue?

Juan – Les encantó mi nueva obra de teatro. Decidieron producirla para el otoño.

Eva – ¡No! ¡Pero es fantástico!

Juan – Y encontraron el título asombroso.

Eva – “Un pequeño asesinato sin consecuencias...” Suena mucho mejor que “Microondas”.

Juan – Hay que decir que es experiencia propia...

Eva – O casi...

Se besan.

Juan – Finalmente, todo terminó bien.

Eva – Siempre creí en ti... Incluso cuando me contabas esas historias para morir de pie.

Juan – Esta prueba nos habrá acercado más. Te prometo que nunca más te mentaré.

Eva – Y yo nunca te esconderé nada otra vez.

La mirada de Juan cae sobre las maletas.

Juan – ¿Qué son estas maletas? (*Preocupado*) ¿Me vas a dejar? Después de todo lo que me acabas de decir...

Eva – Estas son las maletas de Cristina. Ella me preguntó si podía pasar la noche aquí. Creo que no le fue bien con Patricio... Ella ya no sabe a dónde ir.

Juan – Qué molestia...

Eva – Le debemos eso...

Juan – Bien... Pero no más de una noche, así que ...

Suena el timbre.

Eva – Esa debe ser ella...

Juan – OK, traeré el champán.

Eva – ¿Para celebrar el divorcio de Cristina?

Juan – ¡Para celebrar la edición de mi obra! Lástima, tendremos que compartirlo con ella.

Juan sale. Eva abre y vuelve con Cristina.

Eva – No te ves muy bien. Tuviste una pelea, ¿verdad?

Cristina – Escucha, Eve... creo que cometí un error...

Eva – Me asustas, Cristina... ¿Qué clase de estupidez cometiste?

Cristina – Creo que maté a Patricio.

Eva – Oh no, esto no puede volver a pasar. ¡No dos veces!

Cristina – Teníamos una pequeña discusión, los dos. Rápidamente se puso demasiado grosero y le dije que se fuera de la casa de inmediato.

Eva – Y después.

Cristina – Bueno... fue a buscar sus maletas. Después de eso todo se salió un poco de control.

Eva – ¿Un poco?

Cristina – Estaba cortando un pollo... Tenía un cuchillo eléctrico en la mano y... me dejé llevar.

Eva – ¿Pero dónde está? ¿En el hospital?

Cristina – Desafortunadamente, ya era demasiado tarde para las urgencias. Solo quería asustarlo. Se acercó para desafiarme. Tuve un gesto reflejo y... le corté la arteria carótida.

Eva – Oh, Dios mío... La pesadilla continúa. ¿Dónde está él?

Cristina señala sus maletas.

Cristina – Bueno... en las maletas...

Eva – ¿No?

Cristina – Necesito tu consejo, Eva.

Eva – ¿Mi consejo como abogado? No voy a engañarte con falsas esperanzas, Cristina... Esto no podemos pasarlo por un accidente doméstico...

Cristina – Pensé en pasarlo por el sifón del baño después de un pequeño baño de sosa cáustica...

Eva – Tendré que hablar con Juan...

Juan regresa, contento, blandiendo una botella de champán.

Juan – ¡Champán!

Las otras dos lo miran.

Oscuro

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de ochenta comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (<https://comediatheque.net/>). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español:

Comedias para 2

El Joker
El Último Cartucho
EuroStar
Los Náufragos del Costa Mucho
Zona de turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
Foto de Familia
Sin flores ni coronas
Strip Poker
Un Ataúd para Dos

Comedias para 5 o 6

Crisis y Castigo
Pronóstico reservado

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
El pueblo más cutre de España
Milagro en el Convento de Santa María-Juana

Comedias de sainetes (sketches)

Breves del tiempo perdido
Ella y Él
Muertos de la Risa

*Este texto está protegido por las leyes
relativas al derecho de propiedad intelectual.
Toda copia es susceptible de una condena,
hasta de 300 000 euros y 3 años de prisión.*

París – Setiembre de 2019
© La Comédiathèque – ISBN 978-2-37705-274-5
<https://comediatheque.net/>